

Coser, Lewis A. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo.*

Trad. del inglés: Ivonne A. de Peña. México, 1968. Fondo de Cultura Económica. 387 pp.

Lewis A. Coser es profesor de la Universidad Brendeis, colaborador asiduo de la *Partisan Review* y de *Commentary*, y consejero editorial del *American Journal of Sociology* y de *Social Problems*. Autor del libro *Las funciones del conflicto social*, presenta en *Hombres de ideas* un estudio sociológico sobre los intelectuales. Son éstos “las antenas de la raza”, sin ellos “la cultura moderna probablemente perecería por osificación” y “pronto sería una cultura muerta”. Para ilustrarlo divide su estudio en tres partes. En la primera analiza las condiciones históricas y sociales que hicieron posible el surgimiento de los intelectuales como “conglomerados de hombres conscientes”. Dedicada la segunda parte a considerar las diversas formas de relación de los intelectuales con los grupos de poder. En la tercera enfoca el estudio de la vida intelectual en los Estados Unidos, sus actuales escenarios y su influjo en la política y en la cultura.

La lista de características que Coser adscribe al intelectual en el Prefacio parece una serie de arquetipos *a priori*. Sin embargo, algunos de ellos son posteriormente corroborados con datos. Con esa medida intenta resolver de antemano la ambigüedad que evoca el término de “intelectual”. Según esto, el intelectual se caracteriza por vivir para las ideas, trasciende lo concreto e inmediato para penetrar en un reino más general de significados y valores. Asimismo, el intelectual muestra una “pronunciada preocupación por los valores básicos de la sociedad”, por su defensa y salvaguardia. Se diferencia del hombre común porque se muestra insatisfecho de las cosas como son y porque no apela a los usos y costumbres. El intelectual es a la vez sacerdote y profeta y defiende con la mayor tenacidad la libertad para expresarse. No es un técnico que emplea los medios precisos para la obtención

de fines específicos, pues “se deleita en los placeres de la pura actividad intelectual”. En este sentido, las ideas tienen para el intelectual un valor final y las toma “mas en serio que cualesquiera otros hombres”. Al constituirse en guardián de ideas y fuente de ideologías, el intelectual zahiere con su crítica a la sociedad. De ahí que, al pensar de otro modo, perturbe la paz intelectual.

Al caracterizar a los intelectuales como un “fenómeno moderno” el autor los distingue de los filósofos y pensadores de la antigüedad, de la Edad Media y del Renacimiento. Así, la clasificación sociológica de “conglomerados de hombres conscientes” permite circunscribir su estudio al periodo en el que los hombres de ideas surgieron y se consolidaron en esa forma, o sea a partir del siglo XVII. Se trata de “un estrato consciente de intelectuales con un *ethos* particular y un sentido de la vocación”, el cual sólo a partir de dicho periodo encontró las circunstancias institucionales que hicieron posible y promovieron su existencia. Para demostrarlo, Coser selecciona unas cuantas corrientes intelectuales y presta más atención a grupos que a individuos, en un intento por aproximarse a los tipos sociológicos “puros”. La obra se presenta como un esfuerzo de sociología histórica, no de historiografía.

El término “escenarios intelectuales” comprende las instituciones que “han servido como incubadoras principales para el crecimiento de la vocación intelectual en el mundo occidental”. Esta característica común determina el número y carácter de la selección, que reduce a ocho los escenarios: el salón francés y el café londinense; la sociedad científica y la revista mensual o trimestral; el mercado literario y el mundo de la publicidad; la secta política y, finalmente, la bohemia y la pequeña revista. Todos ellos satisfacen las dos condiciones esenciales “para que la vocación intelectual llegue a ser socialmente factible y reconocida”: la necesidad de un auditorio y el contacto con los congéneres. Dichos escenarios en la Francia de la Ilustración, en la Inglaterra de la expansión industrial y en los Estados Unidos de

la época anterior y posterior a la primera guerra, proporcionaron a los intelectuales un ambiente de libertad e independencia que contrasta vivamente con la sujeción que en épocas anteriores padecían de parte de los mecenas y patrocinadores.

La idea de la incompatibilidad entre el poder y el intelectual es probablemente la tesis que a Coser más le interesa demostrar. A ello consagra la segunda parte, a nuestro juicio la más original y sugestiva por lo que toca al análisis y al tratamiento. Además, ya la había insinuado en la primera parte y volverá de nuevo a ella en la tercera. Son varias las modalidades que caracterizan las relaciones entre los hombres de poder y los hombres de ideas. Estos pueden alcanzar el poder, como lo hicieron los jacobinos y los primeros bolcheviques. Pueden intentar dirigir y aconsejar a los hombres del poder, como lo ejemplifican los fabianos y los hombres del Nuevo Trato. Pueden servir para legitimar el poder de los dirigentes, como lo realizaron los ideólogos, bajo Napoleón y los revisionistas polacos, bajo Gomulka. Pueden también, como los dreyfustistas y los abolicionistas, criticar el poder. Finalmente, pueden exaltar y legitimar las estructuras de poder en el extranjero, al tiempo que minan las de su propia sociedad. Pero cualquiera que sea la modalidad adoptada, subyace siempre una constante: la unión entre los intelectuales y los políticos ha sido tensa, inestable y pasajera; unos y otros se han mirado siempre con recelo y desconfianza. El poder parece no estar hecho para el intelectual, pues en sus manos suele degenerar en burocracia. Ni el intelectual está hecho para el poder pues, salvo contadas excepciones, al renunciar a su autonomía intelectual en aras de la eficacia fácilmente se convierte en un experto.

La tercera parte no continúa el paralelismo Europa-Estados Unidos que mantuvo en las dos anteriores. Se centra exclusivamente en el análisis de los escenarios intelectuales y de los tipos intelectuales más importantes y representativos de la sociedad norteamericana actual. En un primer capítulo

se considera la escena general: los Estados Unidos como una sociedad burocratizada de masas y como una sociedad pluralista. Lo primero trae consigo la "obsolescencia del intelectual", la reducción de su creatividad, la separación enajenante de su obra, su transformación progresiva en técnico y experto. En contraposición, el pluralismo abre perspectivas más optimistas: la diferenciación del trabajo, el aumento de comodidades y de tiempo libre disponible propician el florecimiento de la vida cultural y de la creación intelectual. El aumento de la especialización no menoscaba la creatividad. "Más bien, la *intelligentia* que alguna vez fuera un estrato pequeño y bastante homogéneo, está diferenciada ella misma".

A esta visión panorámica siguen otras visiones particulares sobre los intelectuales independientes, los intelectuales académicos, los intelectuales científicos, los intelectuales en Washington y los que trabajan en las industrias de cultura de masas. Más completo en la información y en el desarrollo comprehensivo es el capítulo 21, que considera el papel de la Universidad en la formación de intelectuales. El capítulo 23 no es menos sugestivo, pues estudia las características y el influjo peculiares del intelectual en el gobierno.

El mérito principal de la tercera parte consiste en ofrecer un caso representativo, acaso el más representativo, de la moderna sociedad industrializada. Sin resolver del todo más de una contradicción y a base de un difícil equilibrio de tendencias opuestas, el autor concluye destacando el papel fundamental que pueden desempeñar los intelectuales en el futuro de la sociedad norteamericana, mientras ésta "siga abierta y pluralista". Este es un requisito por parte de la sociedad. Pero hay otro por parte de los mismos intelectuales: que no sucumban a "la doble tentación de un retiro total y de un integración total". El esfuerzo de sociología histórica desplegado por Coser termina aquí, frente al curso incierto que seguirán una y otros. Así, el papel del intelectual futuro queda también en suspenso.

¿Permite la obra establecer alguna relación precisa entre la educación y la formación de intelectuales? Las dos primeras partes del libro proporcionan pocos elementos de respuesta: las alusiones a la universidad y a los centros educativos son más bien pasajeras e indirectas. De hecho, aunque algunos escenarios de Europa y Norteamérica, del siglo XVII a principios del XX, se vieron frecuentados por maestros y por egresados de las universidades, la institución educativa como tal no es considerada por Coser como un escenario intelectual aparte. ¿Se puede prescindir del papel de las universidades francesas e inglesas en el transcurso de las reformas sociales, tecnológicas y del pensamiento de los tres últimos siglos? Cualquiera que sea el motivo de esta omisión, queda claro que la universidad norteamericana del siglo XX sí desempeña el papel más decisivo en la formación de intelectuales. Pero también, paradójicamente, la misma universidad obstaculiza dicha formación si se tiene en cuenta su énfasis actual en la preparación de técnicos y especialistas, los que por eso mismo distan de ser "intelectuales" en la mente del autor. La gran complejidad y alcances de la universidad dificultan la clarificación de un papel unívoco en la formación de intelectuales: "Hoy día los intelectuales que pueden desempeñar un papel dentro de la universidad, pueden beneficiarse de su afiliación a ella, pero ya no pueden ser la universidad". Y a pesar de los múltiples peligros que amenazan a la vida intelectual, la universidad "sigue siendo hoy día y seguirá siendo en el futuro, el principal lugar para el intelecto". Coser lo apuntala con dos razones: "El reconocimiento de la libertad académica por parte de la sociedad en general y la liberación del académico de las presiones del mercado".

La selección de tópicos y la metodología empleada pueden ser discutidas, pero las conclusiones son coherentes con las premisas. El tema es enfocado y tratado en forma sugestiva, su solidez está avalada por una información histórica y sociológica amplia, y el dominio del estilo hace su lec-

tura verdaderamente atractiva. Quienes se consideran a sí mismos como intelectuales son quizá los más idóneos para aceptar o rechazar la imagen del intelectual que aquí se les presenta.

José Treviño Botti

Gabriel Gyarmati. *El profesor secundario; una planificación sociológica.*

Santiago de Chile, Editorial Universidad Católica, 1971.

Se critica a veces a los sociólogos de no ser capaces de proporcionar elementos objetivos para la programación del cambio social. De ahí que el título de este libro sea, en sí, un desafío. Desde los primeros párrafos, el Prof. Gyarmati reconoce la magnitud del intento y anticipa las críticas porque se haya "aventurado en un tema tan amplio y ambicioso como es la reestructuración planificada de toda una profesión".

Las proposiciones de cambio descansan en una investigación empírica que constituye la primera parte del libro, en el conocimiento general de la situación chilena y en una teoría de la profesionalización desarrollada a la luz de resultados de la investigación empírica. Se combinan, por lo tanto, los elementos de realidad, de teoría y de objetivos que definen un modelo de planificación. Esta combinación da su característica distintiva a este trabajo y mueve a un comentario más detallado.

El autor es sociólogo y no educador. Esto hace que en muchas oportunidades pueda dar una visión del problema. Como contrapartida, bajo diversos contextos existen afirmaciones que podrían ser objetadas por muchos educadores. Destaca la consideración de que uno de los roles del profesor es "impartir conocimientos", en vez de crear situaciones de aprendizaje en que el estudiante alcance las experiencias educativas que permitan su desarrollo intelectual.

A pesar de su especialización, el libro está escrito en forma clara, es decir, evita